

La penumbra salvadora: María Zambrano y la razón poética

The Saviour Shadows: María Zambrano and the Poetic Reason

CARLOS ELÍO MENDIZÁBAL*

Resumen: María Zambrano lleva a cabo, a través de su razón poética, una crítica de la tradición filosófica occidental. Frente a una concepción anquilosada, que ha restringido el ser al pensar, nos propone una nueva manera de entender la filosofía, como saber integrador que abarca todas las dimensiones del ser humano, incluidas aquellas que se resisten a la conciencia y que nos constituyen en la sombra.

Palabras clave: Sagrado, Revelación, Poesía, Verdad, Método.

Abstract: María Zambrano carries out a criticism to the Western philosophical tradition through her «poetic reason». She suggests a new way of understanding philosophy as a conciliatory knowledge which covers all the human dimensions, included the ones which are resistant to our own awareness and which constitute us in the shadows. Her concept is opposed to an obsolete idea of philosophy which has restricted «the being» to «the thinking».

Keywords: Sacred, Revelation, Poetry, Truth, Method.

Son muchos los aspectos que hacen de María Zambrano «un caso aparte» en la filosofía española contemporánea, y acaso sea ésta, su singularidad, una de las razones del injusto olvido en que se mantuvo su obra durante muchos años, aunque también del posterior entusiasmo que ha provocado su recuperación¹. Singularidad, en cuanto a su planteamiento filosófico, pero también en cuanto a su manera de llevarlo a efecto a través de un discurso, a veces enigmático y difícil, pero siempre sugerente.

Es fundamentalmente este carácter singular lo que ha propiciado el cuestionar, en ocasiones, la dimensión filosófica de su obra. Tema polémico cuya respuesta inevitablemente vendrá dada en función de lo que entendamos por filosofía. Precisamente un aspecto central de la obra de María Zambrano es la crítica a la tradición filosófica occidental que se ha

Fecha de recepción: 10/01/2014. Fecha de aceptación: 17/05/2014.

* Profesor de Filosofía en el Colegio Marista de Palencia. Licenciado en Derecho por la Universidad de Valladolid, Máster en Filosofía y doctorando en Filosofía por la UNED. Principal línea de investigación: Relaciones entre filosofía y literatura. carloseliovalladolid@hotmail.com

1 Fundamentalmente a partir de la publicación en 1966 de un artículo de José Luis López Aranguren “Los sueños de María Zambrano”. Aunque ya anteriormente su obra había sido objeto de atención por parte de algunos autores, así Muñoz Alonso que publicó en 1959 su estudio crítico “María Zambrano” en *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*.

decantado por una concepción restrictiva de lo filosófico. La identificación de la filosofía con la razón discursiva, con la construcción sistemática y lógica de un discurrir mutilado que se niega a la realidad plural, excluiría del campo de la filosofía no solamente la obra de María Zambrano, también la de otros autores significativos y de los cuales nadie duda ya de su pertenencia al universo filosófico.

La filosofía de María Zambrano, aun partiendo de unos referentes concretos, que en mayor o menor medida siempre asumió y tuvo en cuenta, sigue una deriva propia, personal. Es cierto que su decir hermético, su lenguaje etéreo y poetizante nos transportan fuera de lo que, por lo menos en Occidente, se ha venido entendiendo habitualmente por filosofía. En todo caso, y haciéndonos eco de la célebre frase de Fichte «*Qué clase de filosofía se elige depende de qué clase de hombre se es*», hay que reconocer que, en María Zambrano, la filosofía va más allá de un pretendido saber intelectual y que nos encontramos en presencia de un filosofar que responde, en última instancia, a una necesidad hondamente sentida. Y es esta conjunción entre pensamiento y sentimiento un rasgo característico de la autora.

María Zambrano va a intentar, lúcidamente, una comprensión del ser humano; es la suya una antropología abarcadora de todos aquellos aspectos que a lo largo de la historia han ido configurando el humano vivir. Desde el fondo generador de lo sagrado, donde el hombre se siente inmerso, «instalado como en una placenta», hasta el vacío de la orfandad recién descubierta en su corazón y la búsqueda de la plenitud que llega con la aceptación del propio destino. Pero para entender al ser humano es preciso penetrar en el diálogo entre lo divino y lo sagrado, en cuanto que la aparición de los dioses implica la conexión necesaria con la realidad primera, con lo sagrado. Los dioses van a constituir la primera forma de relación con la realidad y el origen de las primeras preguntas que se hace el ser humano, preguntas que todavía no son filosóficas pero sin las cuales la filosofía no hubiera surgido.

La primera relación del ser humano con el mundo no tiene un carácter racional. El ser humano se relaciona, en un primer momento, con el mundo a través del delirio, que ya en sí mismo constituye un saber de experiencia. Es desde esta insuficiencia, desde esta perplejidad inicial, donde se produce la transformación de lo sagrado en lo divino.

María Zambrano quiere ensanchar el cauce de la razón, no le sirve un discurrir selectivo que olvida, en palabras de Pascal, «las razones del corazón». En su obra hay una apuesta por desentrañar, por evidenciar aquello que permanece oculto en las entrañas y que constituye nuestro ser en la sombra. Para ello, no le basta la «razón vital» de Ortega, le es necesaria una razón capaz de llegar donde no llega la razón discursiva, una razón que anuncia ya en su libro *Hacia un saber sobre el alma*:

Era necesario topar con esta nueva revelación de la Razón a cuya aurora asistimos como Razón de toda la vida del hombre. Dentro de ella vislumbramos que sí va a ser posible este saber tan hondamente necesitado. El cauce que esta verdad abre a la vida va a permitir y hasta a requerir que el fluir de la «psique» corra por él. Tal es nuestra esperanza.²

2 María Zambrano, «*Hacia un saber sobre el alma*». Alianza editorial, Madrid 2008, pág. 30.

Poesía como revelación

Aunque el objetivo inicial que se propuso María Zambrano, en *Los intelectuales en el drama de España*, fue el de indagar en la esencia de lo español, la temática deriva ya principalmente hacia la afirmación del conocimiento poético como vía adecuada, a través del método de la razón poética, para captar una realidad que va más allá de la mera racionalidad cartesiana. El planteamiento de María Zambrano dota al discurso poético de un protagonismo que le había sido arrebatado en aras de una pretendida razón clarividente y sin embargo incapaz de escudriñar las realidades más profundas de la vida. Se trata de dotar a la poesía de una trascendencia inusitada dentro del campo del pensamiento occidental, aurora reveladora de una manera distinta de conocimiento, capaz de dar unidad a lo humano y lo divino.

Como muchos años después, ya de vuelta del exilio, reconocerá la propia autora, la verdad del ser surge no como pregunta sino como revelación. «*La pregunta qué es el ser la he abolido de la filosofía hace tiempo. En vez de preguntar, creo en la revelación de la filosofía y al que revela, no se le pregunta*»³. Pues revelación es en definitiva, para nuestra autora, el punto de partida del que se deriva toda su hermenéutica de lo sagrado. Revelación como intuición integradora de aquellos aspectos de una realidad «llena de dioses», que es sagrada.

Hay un largo proceso histórico que va desde lo sagrado, ámbito donde el hombre se encuentra inmerso, hasta la pregunta inicial de la filosofía: «¿Qué son las cosas?». Con el inicio de la filosofía surge el descubrimiento de la conciencia y la consiguiente soledad del hombre:

El origen de la filosofía se hunde en esa lucha que tiene lugar dentro todavía de lo sagrado y frente a ello. La filosofía nació, fue el producto de una actitud original, habida en una rara coyuntura entre el hombre y lo sagrado. La formación de los dioses, su revelación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía quien primeramente se enfrentó con ese mundo oculto de lo sagrado.⁴

Para María Zambrano, la tradición filosófica occidental representa la imposición violenta de una razón limitadora y reduccionista que ha dejado en la sombra una parte sustancial del ser, la realidad plural y multiforme, poblada de dioses, que ha sido definitivamente abolida.

Se impone recuperar entonces la palabra. La palabra en estado virgen, desnuda de connotaciones de carácter conceptual. La palabra anterior a toda amputación ontológica, anterior a toda violencia ejercida por la filosofía, la palabra como absoluta revelación. Es preciso recurrir a la palabra revelada para tratar de acceder al misterio del ser, que se oculta al discurso racionalista impuesto por el pensamiento occidental. Solamente la poesía que trata de decir lo indecible puede poner voz a las entrañas. Puede hacerse eco de aquello que no puede expresar el discurso racional ya que excede sus propios límites. Por eso María Zambrano reivindica un planteamiento integrador que sea capaz de revelarnos la esencialidad del ser humano en toda su magnitud.

3 “Felices en La Habana”, texto incluido en el libro *Las palabras del regreso*, Cátedra, Madrid 2009, pág. 280.

4 María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 76.

En este proceso de búsqueda de una razón mediadora, que le permita conectar con lo esencial del ser, dirige su mirada hacia el elemento poético como única instancia capaz de adentrarse en las profundidades del alma humana. Poesía, pensamiento y religión aparecerán así entrelazadas en armoniosa unidad, susceptible de revelar aquella realidad que se le resiste a la pura racionalidad.

Cada vez en mayor medida, pero fundamentalmente desde la conclusión de la segunda guerra mundial, parece desinteresarse de los aspectos histórico-sociales para introducirse en una «mística de la creación» que tendría como referente privilegiado a san Juan de la Cruz. Mística de la creación, frente a cualquier tipo de «mística quietista», porque es la palabra poética la que convoca y «devora» a todo lo creado. Al margen de la «razón histórica» de cuño orteguiano, nuestra autora, se introduce por los vericuetos de la relación entre el hombre y lo divino. El planteamiento poético religioso de María Zambrano trata de alcanzar lo indeterminado, a través de la vía del amor y de la piedad, superando así la mera circunstancialidad que nos ofrece la razón.

Ya en su libro *Filosofía y poesía* lleva a cabo una genealogía explicativa de la difícil relación que a lo largo de la historia ha existido entre estas dos posibilidades del conocimiento humano. Puesto que, en definitiva, se trata de conocer la realidad, ambas son necesarias y por consiguiente ambas son insuficientes por sí solas:

No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método.⁵

A partir de esta constatación, está claro que la intencionalidad de María Zambrano es servirse tanto de la filosofía como de la poesía, aquí subyace el motivo que guía su método de acercamiento a la verdad. Pero también a partir de aquí se inicia la crítica de la cultura occidental, en el sentido de que ésta se ha decantado por uno de los dos lenguajes como lenguaje de la verdad, dejando en el olvido una parte sustancial del humano devenir. La reivindicación de María Zambrano del elemento poético supone un intento serio de recuperar esa «penumbra salvadora» que también nos constituye.

María Zambrano, entiende que es partir de la célebre condena de la poesía, que Platón lleva a cabo en el diálogo «La República», cuando se fragua una tendencia que persistirá a lo largo de la historia: la visión reduccionista de lo filosófico que exclusivamente admite el razonamiento lógico, la razón discursiva como medio para alcanzar la verdad.

Este planteamiento inicial de María Zambrano, esta crítica de la cultura occidental, recuerda, salvando las distancias y aunque los derroteros seguidos por uno y otro sean muy diferentes, a otro gran heterodoxo: Nietzsche. En ambos hay una fascinación por la potencialidad creadora del lenguaje, en ambos hay aparentemente un cierto desdén por el método, por el conocimiento sistemático. Parece como si su método consistiese en carecer de método, como si su aparentemente asistemático discurrir fuese deliberado, ya que su

5 María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de cultura económica, Madrid 1993, pág. 13.

discurso se escapa de los cánones establecidos por los academicistas. En ambos se aprecia antes que una preocupación por el método un interés apasionado por el estilo.

Se podría decir también que, en cierta manera, ese desentrañar, ese ahondar en los inferos del alma, que postula María Zambrano, ese rescatar una parte sustancial del ser que ha permanecido oculto para la cultura occidental, encontraría cierto paralelismo con la reivindicación, por parte de Nietzsche, del espíritu dionisiaco frente al imperio de lo apolíneo.

Tanto en Nietzsche como en María Zambrano hay un intento por superar el dualismo impuesto entre lenguaje poético y filosófico. Esta separación entre lo poético y lo filosófico no se manifiesta, curiosamente, en el origen de la filosofía. Por eso no es casual el que Nietzsche, que realiza una crítica demoledora de la tradición filosófica, respete el comienzo de la filosofía occidental. Como señala Eugen Fink: «*Nietzsche retorna a Heráclito. Su lucha comienza contra los eleatas, contra Platón y la tradición metafísica que arranca de ahí. Heráclito sigue siendo la raíz originaria de la filosofía de Nietzsche*».⁶

María Zambrano, partiendo de la oposición tradicional entre lo poético y lo filosófico, trata de ensamblar ambas dimensiones en su «razón poética». Para María Zambrano lo poético y lo filosófico se complementan, el poeta «*olvida lo que el filósofo recuerda, y es la memoria misma de lo que el filósofo olvida*»⁷. Poesía y filosofía parten de un mismo origen: el asombro ante lo existente. Pero, mientras la filosofía busca seguridad, la poesía permanece en la intemperie; así lo expresa Sergio Sevilla, «*la filosofía sustituye el mundo de la presencia por el mundo del concepto; el poeta permanece fiel a la apariencia*»⁸.

Son dos actitudes divergentes y, paradójicamente, no irreconciliables. María Zambrano trata de ensanchar lo filosófico con la riqueza de lo poético, trata de quitarle rigidez al concepto para que capte así la multiplicidad y la variedad de lo existente.

Lenguaje y verdad

En la evolución histórica de la relación entre filosofía y poesía, entendiendo por poesía la manifestación por excelencia del arte, conviene señalar varios momentos decisivos: el primero de ellos lo representa Kant que, en su obra *Crítica de la razón pura*, pone de manifiesto la imposibilidad de acceder a la cosa en sí a través de un pretendido «lenguaje de la verdad» o lenguaje filosófico que se diferenciase de un lenguaje poético exclusivamente dirigido a expresar no lo que son las cosas, sino sus apariencias. Kant pone fin al dualismo platónico entre ser y representación, por lo tanto sólo existe un único lenguaje para expresar de forma simbólica y metafórica una misma realidad ontológica. A partir de aquí, Kant inicia una relación entre arte y filosofía, es decir entre poesía y filosofía, en cuanto comparten un mismo lenguaje. Las diferencias serían exclusivamente de carácter formal.

La filosofía del espíritu que surge con el idealismo postkantiano está representada por dos actitudes bien diferenciadas. Por una parte nos encontramos con el planteamiento romántico —Schiller, Schelling, Schlegel, etc.— que va a tratar de establecer una identi-

6 Eugen Fink, *La filosofía de Nietzsche*, Alianza universidad, Madrid 2000, pág. 16.

7 María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de cultura económica, Madrid 1993, págs. 45 y 46.

8 Sergio Sevilla, «La razón poética: mirada, melodía y metáfora. María Zambrano y la Hermenéutica», en Teresa Rocha Barco (ed), *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 87-108. La cita es de la p. 90.

dad entre poesía y filosofía en base a un pretendido saber del espíritu, que se asienta en el imperio de la subjetividad fichteana. Por otra parte, nos encontramos con el idealismo especulativo de Hegel que reacciona contra la postura de los románticos y delimita el campo de lo filosófico y de lo poético sin caer en el dualismo platónico propio de las posturas prekantianas. Hegel parte de la diferencia entre verdad y ficción, para Hegel lo en sí es captado de forma dialéctica, a través del concepto, por la razón. La verdad de la poesía es la verdad de la apariencia sensible que, a través de la imaginación, se representa en el arte. La poesía, únicamente, sería un momento del proceso total de la verdad, es a la filosofía a la que corresponde, a través de un proceso dialéctico, llegar, mediante el pensamiento, a la verdad de lo en sí.

Dentro de la evolución histórica de la relación «problemática» entre poesía y filosofía, la posición tradicional mantuvo, durante un largo periodo de tiempo, la distancia entre los dos lenguajes, basándose fundamentalmente en atribuir a lo filosófico la búsqueda y el hallazgo de la verdad, mientras que lo poético quedaba relegado al ámbito de la ficción. Gadamer, en su obra *Estética y hermenéutica*, se refiere a esta relación de «tensión» como algo que caracteriza el pensamiento occidental:

Esta fecunda tensión entre filosofía y poesía, no es un problema sólo de ayer o antes de ayer: acompaña todo el camino del pensar occidental, que se diferencia de todo discurso de la sabiduría oriental porque tiene que sostener en sí esta tensión⁹.

El acercamiento entre los dos lenguajes, sin disolución de uno de ellos en el otro, constituye una tendencia que, como hemos visto, se inicia con Kant y culmina con Nietzsche. Pero esta cercanía se romperá a partir de las concepciones positivistas y cientificistas del siglo XIX, gestándose posteriormente una lenta y dificultosa recuperación que llega hasta nuestros días. Gadamer, en la obra anteriormente citada, hace referencia, a este proceso de recuperación, no exento de riesgos, iniciado en el siglo XX por una serie de autores, entre ellos y de manera muy relevante por Heidegger:

Mas cuando, en nuestro siglo, la filosofía universitaria recuperó una cierta validez - mencionaré sólo los llamados filósofos de la existencia: Jaspers, Sartre, Merleau-Ponty, Gabriel Marcel y, sobre todo, Martin Heidegger- , no ocurrió ello sin que se atreviese a surcar las regiones marginales del lenguaje poético, tropezando a menudo con una crítica acerba¹⁰.

La relación entre la obra de María Zambrano y la de Heidegger no es fácil de establecer. Las referencias, por parte de nuestra autora, al filósofo alemán no son frecuentes, lo cual no ha sido obstáculo para que llegue a plantearse, en alguna ocasión, la obra de María Zambrano como «respuesta a la pregunta por el ser» que lleva a cabo Heidegger¹¹. Pese a las críticas que, en sus primeros libros, dedica María Zambrano a Heidegger, considerándole

9 Hans-Georg Gadamer, *Estética y hermenéutica*, Tecnos, Madrid 2001, pág. 173.

10 *Ibid.*, pág. 173.

11 Moreno Sanz, J., *La razón en la sombra: antología crítica*, Siruela, Madrid 2004, pp. 27-28.

en cierta forma heredero del idealismo alemán, no obstante conserva por el filósofo una gratitud innegable cuando se trata del reconocimiento de sus méritos como precursor en la tarea de recuperación del elemento poético para el filosofar:

Y así aparece gracias al más renombrado de los filósofos de este siglo —Heidegger— que le es necesario volverse a la poesía, seguir los lugares del ser por ella señalados y visitados, para recobrar, sin la certeza de lograrlo tal como lo lograron los presocráticos, en quienes la filosofía no se había desprendido aún de la filosofía¹².

Para Heidegger, «el lenguaje es la casa del ser»¹³ y «el poetizar es la capacidad fundamental del habitar humano». La poesía se constituye en lenguaje privilegiado —«texto eminente», dirá Gadamer— para alcanzar la verdad: «la esencia de la poesía es la instauración de la verdad»¹⁴. Heidegger pretende captar lo humano a partir del ser y para ello es primordial el lenguaje, lenguaje que alcanza su máxima intensidad en la poesía. Ello le llevará a una concepción pre-metafísica, pre-lógica. Para pensar el ser es preciso dismantelar la lógica y acudir a los primeros pensadores de Grecia, a los presocráticos. La lógica fracasa en su intento por expresar el ser auténtico del pensar ya que se basa en una ontología que limita el ámbito del ser pensable al ser dado. Ante la disyuntiva entre el ser y la nada, el entendimiento humano se refugia, busca seguridad, en lo estable, en lo dado. Frente al imperialismo del pensamiento metafísico y tecnológico, Heidegger, opone el pensamiento mítico-poético:

La poesía despierta la apariencia de lo irreal y del ensueño, frente a la realidad palpable y ruidosa en la que nos creemos en casa. Y, sin embargo, es al contrario, pues lo que el poeta dice y toma por ser es la realidad¹⁵.

Es innegable que pese a las críticas que realiza María Zambrano a Heidegger, centradas fundamentalmente en el idealismo y la abstracción imperantes en el filósofo alemán, existen no obstante ámbitos compartidos por los dos autores: principalmente la crítica a la razón discursiva y la estimación de lo poético. Pero no resulta sencillo delimitar hasta qué punto se trata sólo de coincidencias puntuales en su discurrir filosófico o más bien se trata de influencias de la obra de Heidegger en el planteamiento llevado a cabo por María Zambrano. A esta falta de claridad contribuye en buena medida la ausencia de referencias explícitas, por parte de María Zambrano, a la obra de Heidegger.

El título de uno de los libros más emblemáticos de María Zambrano, *Claros del bosque*, nos remite a la *Lichtung* de Heidegger. Tanto María Zambrano como Heidegger llevan a cabo una reelaboración de la metáfora tradicional de la luz, ya que la *Lichtung* y el claro constituyen el lugar del encuentro entre luz y penumbra. En ambos filósofos se

12 María Zambrano, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid 2004, pág. 51.

13 Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, Alianza, Madrid 2000, pág. 43.

14 Martin Heidegger, «El origen de la obra de arte» en *Arte y poesía*, Fondo de cultura económica, México 2005, pág. 114.

15 Martin Heidegger, «Hölderlin y la esencia de la poesía» en *Arte y poesía*, Fondo de cultura económica, México 2005, pág. 143.

aprecia un intento de devolver al hombre a ese «claro del bosque», a su esencia primigenia, de la que ha sido privado por la metafísica que impide al hombre el acceso al ser. Para ello, tanto Heidegger como María Zambrano, consideran la palabra como «la casa del ser» y la palabra poética como lenguaje originario que lleva a cabo la instauración del ser en la palabra. Pero, mientras María Zambrano piensa el ser del hombre a partir de un fundamento religioso y trata de elaborar una nueva filosofía, Heidegger, sin salirse de la metafísica, retrocede hasta sus fundamentos y a partir de ahí trata de recuperar y rescatar del olvido el ser. En Heidegger no existe la tentación de carácter religioso como sucede en María Zambrano.

La razón poética como método

El pensamiento racional, tal como se nos muestra en sus orígenes, es pensamiento filológico y este pensamiento surge del asombro ante las cosas, es un preguntarse por el ser de las cosas. Conocemos el origen de este pensamiento y su evolución posterior:

Surge entonces el asombro, ese asombro que es entusiasmo encendido en la certeza de que hay un ser, un universo, un orden. Y de él se ha nutrido no sólo la pregunta filosófica que surgió con Tales de Mileto, sino todo el esplendoroso proceso de la filosofía griega, de la Filosofía¹⁶.

Ya desde un primer momento está presente en este conocimiento una duda acerca de si las cosas o los sucesos son realmente lo que parecen e incluso si realmente son, duda que puede recaer sobre las cosas mismas pero también sobre el propio sujeto pensante. Es a partir de Descartes cuando, desde esa duda inicial, accedemos a la certeza tanto del objeto, de lo que nos rodea, como del sujeto, de su propia existencia como ser pensante. Se ha creado un orden a partir de una comunidad entre sujeto y objeto, orden que encuentra su justificación última en la razón. De la duda primitiva se pasa a una deificación de la razón.

La filosofía ha logrado transformar lo sagrado, la realidad múltiple, inasible, ambigua... en pensamiento, se ha alcanzado la identidad entre ser y pensar. Pero el pensamiento supone una renuncia frente al saber, supone una limitación, un impedimento de entender aquello que no puede ser pensado. Frente a la sabiduría, que es anterior al pensamiento, y que representa lo ilimitado, se alza el conocimiento que limita el ser a la razón.

María Zambrano distingue entre saber y pensar, mientras el saber constituye algo esencial en las diferentes culturas y que no precisa de un esfuerzo especial para alcanzarlo, ya que va surgiendo de una forma espontánea, acumulativa, a lo largo del tiempo; el pensar es una labor intelectual que tiene su origen en un momento concreto y determinado, es algo adquirido. Pero la diferencia mayor, a juicio de María Zambrano, entre saber y pensar se encuentra en el método:

El saber es experiencia ancestral o experiencia sedimentada en el curso de una vida. ¿Y cómo transmitir esta experiencia? Y si resulta problemático el transmitir y aun

16 María Zambrano, *Notas de un método*, Tecnos, Madrid 2011, pág. 140.

el adquirir la experiencia es porque se trata de experiencias vitales, es decir: de una experiencia que no es repetible a voluntad, según lo son las que se efectúan en los laboratorios¹⁷.

Esta diferenciación entre saber y pensar nos llevaría a entender que para el saber no existe, en principio, un método posible, como sucede en el ámbito del pensar. Ya que nos estamos refiriendo a lo oculto, al territorio de lo inefable, a aquello que difícilmente podemos expresar a través del lenguaje convencional. El pensar es acción que apunta hacia el futuro, mientras que el saber es experiencia acumulada, pasado, tradición, que como el rayo ilumina súbitamente nuestras vidas y que súbitamente desaparece. Ámbito de lo sagrado que alcanzamos en sueños, en la penumbra, donde se manifiesta el ser originario.

Despertar es entonces nacer a la conciencia. Pero la filosofía moderna ha situado a la conciencia en el centro del hombre y ha levantado un muro insalvable entre el saber y el pensar, legitimando solamente aquellas experiencias traducibles al lenguaje lógico. Sin embargo la relación con las cosas implica en primer lugar el trato con las mismas:

Esta experiencia primordial es previa al pensamiento sistemático (a la razón teórica) y sólo puede ser captada por el momento poético de la razón, el único capaz de hacer posible la experiencia del ser propio del hombre (sin la pretensión de encerrarla en la estructura de un sistema): el fluir inagotable de la experiencia como unidad cada vez más íntima de vida y pensamiento; una unidad que modifica a ambos: éste se hace abierto e inacabable, aquélla adquiere su plenitud en éste¹⁸.

Es preciso por lo tanto encontrar un método que conjugue pensamiento y vida y que sea capaz de abarcar todas las dimensiones de la vida, también aquellas que han sido olvidadas, menospreciadas, por pertenecer al ámbito del sueño, del inconsciente, del delirio... La propia María Zambrano lo explicita de manera clara y contundente en su libro *Claros del bosque*:

Sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado. Un método surgido de un *Incipit vita nova* total, que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida¹⁹.

Siempre partiendo de que la experiencia es previa al método y entendiendo por experiencia un camino, un tránsito, un estar en continuo nacimiento. Este es el reto que asume María Zambrano a lo largo de su obra y que constituye el fundamento último de su razón poética: rescatar la vida, en su plenitud, para la filosofía. Para ello no le sirven los métodos hasta ahora utilizados, no le sirven los esquemas rígidos encerrados en sistemas más o menos lógicos. Es preciso desentrañar, acceder al logos sumergido.

17 *Ibíd.*, pág. 147.

18 Teresa Rocha Barco (ed.), *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*, Tecnos, Madrid, 1998, pág.15.

19 María Zambrano, *Claros del bosque*, Cátedra, Madrid 2011, pág. 125.

Solamente es posible llegar al «hombre interior», con todo lo que implica la expresión agustiniana, mediante una razón capaz de leer lo que está escrito en las entrañas. Pero el concepto no llega a penetrar en esas zonas oscuras, enigmáticas, donde reside el misterio, lo sagrado. Para aprehender la realidad total del ser humano es necesario ir más allá de la razón discursiva. La razón poética constituye la forma de captar esa realidad sumergida, sólo poéticamente se nos revela la realidad profunda del ser humano, sus delirios, sus sentimientos, sus pasiones... La verdad surge por revelación, conlleva una actitud que tiene que ver con la piedad, actitud receptiva que se expresa a través de un lenguaje poético y no a través de un lenguaje dominador y excluyente.

María Zambrano compatibiliza dos términos razón y poesía en su método filosófico, tratando así de captar la realidad plena del ser humano. No se trata de huir de la razón para adentrarse en otros ámbitos, la intención de María Zambrano es otra y así queda reflejada de manera expresa en su libro *De la Aurora*:

Así pues, el conocimiento que aquí se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide que la razón se haga poética sin dejar de ser razón, que acoja al «sentir originario» sin coacción, libre casi naturalmente, como una fysis devuelta a su original condición²⁰.

Para llevar a cabo el proyecto que se propone María Zambrano, para lograr una identidad de vida y pensamiento, es preciso alejarse de cualquier método que suponga un encorsetamiento, un cerrarse a las realidades plurales que conforman al ser humano. Es preciso un método que opere como razón mediadora, integradora de los diversos aspectos que constituyen el humano vivir y cuyo lenguaje se asemeje a «las notas musicales» que en su discontinuidad expresan la melodía que se nos da como revelación.

20 María Zambrano, *De la Aurora*, Tabla rasa, Madrid 2004, pág. 56.